

DOS VIDAS EN TABLAS¹

por [Joan Barril](#)

Don José Blanco llegó arrastrando los pies hasta la mesa de ajedrez de La Fraternidad, el local que desde hacía más de un siglo cumplía el papel de foro, casino, sala de baile y bar del pueblo. José Blanco regresaba cada invierno a su casa cumpliendo el precepto de los anuncios de turrones. A sus ochenta años se sentía bien, pero la cifra redonda le llenaba la cabeza de presagios agoreros. ¿Cuántas Navidades le quedaban? El médico le había dicho que no hiciera excesos. Llegó el camarero y le pidió un coñac. “¿Qué marca desea el señor?” Ahora los camareros ya no le conocían y en cambio él había de esforzarse para recordar el nombre del coñac. Un coñac no era un exceso. Era una pieza más de la partida. Alineó cuidadosamente las piezas. Los caballos con el belfo hacia adelante. Los alfiles con sus yelmos y sus mirillas escrutando al ejército de enfrente. Todo a punto para el combate. Oyó cómo se abría la puerta de la calle y la puerta del zaguán. Sin levantarse de la butaca, José Blanco dijo: “Llegas tarde, Pep”.

Pep Negre abrazó con suavidad a José Blanco. Se sentó frente a él. Se conocían desde niños. Cada uno podía contar la vida del otro. La partida era un pretexto para sentirse sin necesidad de hablar. Pepe Negre estaba preocupado por no se qué de la barriga, ya sabes, los médicos te cuentan cosas para que no les entiendas. José Blanco le dijo que a él también le hablaron de la barriga, pero el coñac le iba la mar de bien. “Han dicho que va a nevar y que estamos en alerta máxima”, dijo Negre. Y Blanco le contestó: “Eso de la alerta máxima es lo que antes se llamaba invierno”. El peón avanzó dos casillas y otro le imitó.

En la escuela, Blanco y Negre se sentaban en el mismo pupitre. Se partían los deberes por semanas. Uno hacía los trabajos de los dos y a la semana siguiente le tocaba al otro. Eran inseparables,

¹ Cuento publicado en la edición del domingo 12 de enero de 2003 de El Periódico de Catalunya.

aunque estuvieran separados. Blanco y Negre vivieron una adolescencia entre miedos y bombas, tocaron las armas y hasta pensaron que algún día tendrían que disparar.

Entraron los caballos en las líneas enemigas y se mataron entre sí. Cayeron algunos peones y un par de alfiles. Al acabar la refriega, el tablero había cambiado. Volvía la prudencia. Un peón avanzaba una casilla. El alfil retrocedía para restañarse las heridas.

Las familias de los Blanco y los Negre vivieron la posguerra con el miedo en el cuerpo. Ni siquiera las fotografías de sus muertos formaban parte del mobiliario, por si acaso algún día los vencedores les identificaban como parientes del enemigo. Fueron tiempos de himnos y de confesionarios, de rosarios y de trabajar por casi nada. Fue entonces cuando los Negre decidieron emigrar a la ciudad.

Las piezas negras enrocaron. La torre se desplazó hacia el centro para buscar nuevos horizontes. No había gran cosa que hacer y todas las casillas eran igual de miserables. Todo gris hasta que descubrieron la alegría de las reinas y su movimiento infinito.

Pep Negre conoció a Montse en el tranvía, que era un lugar de encuentros y de huelgas. José Blanco se casó con Claudia, la hija de un guardia civil. Hicieron grandes sus pequeñas vidas. Y años después hasta se conocieron los cuatro y Blanco tuvo una historia con Montse mientras Negre visitaba a Claudia cuando su marido no estaba.

Sobre el tablero se plantaba la gran duda. Contar con las propias posibilidades. Volver al juego pequeño, de movimientos lentos y estrategias a largo plazo. La reina negra se comió un peón. La reina blanca se llevó a la reina negra y otro peón sacó de la partida a la reina blanca. Intercambio de reinas. Los ancianos se miraban a los ojos y callaban.

Los hijos fueron saliendo de sus vidas. Las casas de Blanco y de Negre eran cada vez mayores. Las habitaciones vacías se iban cerrando dejando en su interior cuadernos de notas infantiles y juguetes.

Los pocos peones del tablero hacían esfuerzos para salir de él. Alguno llegó al otro extremo, pero sus resurrecciones fueron breves. Quedaban dos reyes solitarios junto a dos copas vacías. El

camarero les dijo que ya era hora de cerrar. “Tablas”, dijo Negre. “Cómo siempre”, confirmó Blanco. Al salir, caían pequeños copos de nieve.

A la mañana siguiente, dos coches de pompas fúnebres se llevaron los cadáveres de Blanco y Negre. Habían muerto en la cama. “El invierno no perdona”, dijo alguien.